

**PARA UNA SINTESIS
TEORICA
DE LA EXPERIENCIA
REVOLUCIONARIA
CONTINENTAL**

RODNEY ARISMENDI

QUE OPINAN LOS COMUNISTAS



**PARA UNA SINTESIS
TEORICA
DE LA EXPERIENCIA
REVOLUCIONARIA
CONTINENTAL**

Rodney Arismendi

QUE OPINAN LOS COMUNISTAS

En ocasión del reciente viaje del Primer Secretario del Partido Comunista del Uruguay a la URSS, Rodney Arismendi, el órgano del PCUS, "Pravda" publicó el 20 de febrero un artículo de su firma que va a continuación.

PARTIDO COMUNISTA
SECCION DE PROPAGANDA
DEL COMITE CENTRAL
MONTEVIDEO, 1973

Con breve lapso de separación. Fidel Castro y Salvador Allende fueron recibidos en la Unión Soviética, por el abrazo de multitudes fervorosas y el tremolar de banderas solidarias.

Parecería un hecho común: gobernantes de países socialistas o de Estados democráticos o recién independizados visitan frecuentemente la patria de Lenin —centro histórico de la revolución socialista triunfadora y bastión del internacionalismo—, para considerar problemas comunes o relacionados con la lucha antimperialista, la defensa de la paz mundial o el apoyo económico, político, incluso militar a los pueblos que se liberan. Sin embargo, ni al más obtuso de los observadores se le podía escapar la singularidad e importancia histórica de estos acontecimientos.

Registraban el triunfo irreversible del socialismo en América Latina, afianzado en Cuba —luego de más de un decenio de compleja experiencia en que se rompiera el bloqueo imperialista—, ahora extendido al continente con el gobierno de la Unidad Popular.

Es un hecho de la gran historia: de trascendencia internacional a la luz del antagonismo fundamental de nuestra época, entre el socialismo y el capitalismo, y de inmensa proyección latinoamericana. Tanto por su repercusión en la gran lucha liberadora, patriótica, democrática, antimperialista y socialista de nuestros pueblos, cuanto porque subraya el carácter avanzado del proceso revolucionario continental.

Chile es la “otra Cuba” que el imperialismo yanqui quiso impedir con las presuntas “ayudas” tipo “Alianza para el progreso” y otras, las escuelas de contrainsurgencia y los “boinas verdes”, la “guerra psicológica” anticubana, antisoviética y anticomunista, y muy particularmente, por el gorilismo sistemático cuya expresión principal fue el golpe brasileño, etc. La ostensible diferencia de **formas** y la marcada **singularidad nacional y de vías** que distinguen los procesos chileno y cubano, no pueden hacer olvidar el contenido histórico similar de ambos sucesos, aunque todavía la revolución chilena transcurre en la etapa de acceso al período de tránsito del capitalismo al socialismo, definida clásicamente por el marxismo-leninismo.

Esta comprobación permite considerar experiencia generalizable, determinadas previsiones teóricas que ya era posible adelantar luego del triunfo cubano, y así abrir camino para el estudio y formulación de otras nuevas.

PRIMERO

El rápido tránsito al socialismo de la revolución cubana --decidido indudablemente por el enorme papel personal de Fidel Castro y sus compañeros-- no fue un accidente o una excepción histórica. Fue resultado explosivo pero natural de la crisis profunda e irreversible de nuestras sociedades y, a la vez, evidenció la crisis de la política de dominación latinoamericana del imperialismo yanqui, en la hora en que se producían nuevas modificaciones de la correlación de fuerzas en favor del socialismo en su contrastación histórica e internacional con el capitalismo.

A diferencia de quienes pensaron que el cuadro objetivo latinoamericano oponía en primer plano la **nación** y el **imperialismo** --según el conocido esquema chino--, la realidad era bien otra. La crisis estructural de nuestras sociedades era hija del grado relativamente considerable del desarrollo capitalista y de sus deformidades, resultantes de la dependencia del imperialismo y de la conservación de resabios precapitalistas, en algunos lugares, semif feudales.

Los países latinoamericanos —sin excepción— se distinguen por sus relaciones sociales capitalistas, empero sometidas agudamente a la dependencia imperialista. Su crisis estructural es pues, económico-social, pero también histórica. Por lo tanto, excluye la posibilidad de reformas parciales perdurables y se burla de toda utopía desarrollista. Se procesa en contradicciones cada vez más exacerbadas que abarcan todo el campo económico, social y político. Socava las bases materiales y pone en tela de juicio las superestructuras. Se objetiva en una aguda lucha social y de clases —protagonizada por un proletariado numeroso y en muchos lugares con tradiciones sindicales y políticas, y por capas medias radicalizadas— que es parte de la creciente y continuada lucha democrática y nacional-liberadora. En este sentido, se enlazan, en un solo haz de contradicciones —dialécticamente considerado— la creciente beligerancia antimperialista, las tendencias democráticas y formas agudas de acción anticapitalista.

La formación, en muchos países, de una gran burguesía de tipo monopolista, primordialmente financiera, que aliada a los latifundistas y ensamblada con el gran comercio de intermediación, se vuelve el principal sostén social del dominio imperialista de los EE.UU., profundiza los rasgos señalados y entronca más estrechamente la oposición antimperialista con la creciente polarización social.

Sin que esta situación autorice ningún planteamiento simplista dirigido a saltar las fases democráticas de liberación nacional de la revolución latinoamericana, y mucho menos a olvidar la complejidad y variedad de las vías de aproximación, cabe destacar que nuestro proceso revolucionario —como la vida además de la ciencia social se ha encargado de verificar— conlleva un sello potencialmente avanzado. Y la realidad objetiva **tiende** a multiplicar los enlaces dialécticos entre una fase y otra de la revolución. **Tiende** —no quiere decir que siempre así ocurra— a convertir ambas fases en un solo proceso histórico.

Por lo demás, la maduración en los años cincuenta de los factores objetivos de nuestra revolución, coincidió con una hora de viraje de la historia universal: la elevación del papel in-

ternacional de la URSS y el sistema socialista, con su otra cara, la tercera fase de la crisis general del sistema capitalista y el avance de la disgregación del sistema colonial del imperialismo.

A pesar de los escépticos o de los comentaristas sin perspectivas, Cuba demostró, al comenzar los años 60, que la revolución latinoamericana se eslabona con la revolución socialista internacional, no sólo porque ambas coinciden **objetivamente** en su enfrentamiento al imperialismo yanqui, o porque en un plano menor, los gobiernos que deseen sostener una política independiente necesitan de la ayuda económica, política o de otra índole de la URSS y otros países socialistas (aspectos estos últimos que no son cantidad despreciable), sino porque la revolución socialista —esencia de nuestra época— es la forma radical de concluir con el sojuzgamiento nacional y el “subdesarrollo” al extirpar de raíz sus causas últimas, la explotación de clase.

La victoria chilena —luego de más de un decenio de la proeza cubana, de convulsión político-social del continente, de ahondamiento de la crisis y de nuevos fenómenos de ineluctable avance liberador, también de vivaces debates ideológicos— subraya esa fundamental comprobación. Pero Cuba más Chile no son una simple suma aritmética; es una acumulación dialéctica. Marca un punto de viraje en la espiral. Conforman una avanzada socialista dentro del conjunto del movimiento antimperialista, que a su vez logró nuevas victorias con Perú y otros países, o que avanzó en las mil formas de la lucha obrera y popular. Es un factor acelerador y el jalón inicial de un nuevo período histórico de nuestra revolución.

La historia se vuelve a mofar de las concepciones “terceristas”, de los planteamientos de uno u otro tipo —derechistas a veces, ultraizquierdistas, otras— que sueñan oponer la especificidad de la revolución latinoamericana a la Unión Soviética y el sistema socialista. Es decir, el intento de presentar al movimiento de liberación nacional en oposición metafísica a la revolución socialista internacional. Las dos principales victorias del movimiento patriótico y liberador del continente se proyectan así, en los primeros años de los setenta, en su doble

condición de parte de la revolución socialista internacional y, a la vez, de expresión avanzada y factor acelerador de todas las aspiraciones de nuestros pueblos a la independencia, la democracia, el desarrollo económico y la justicia social.

SEGUNDO

Ni uno ni otro rasgo de este proceso dialéctico del socialismo en América Latina deben ser descuidados. Cuba más Chile son la avanzada, pero no el conjunto del proceso liberador; señalan un aspecto de trascendencia histórico-universal, de un movimiento revolucionario que hoy estremece todo un continente y que se matiza en manifestaciones patrióticas, democráticas, nacional-revolucionarias y sociales, obreras y populares. Que se ensancha por la incorporación de nuevas fuerzas sociales y políticas; que abre ya originales “vías de aproximación”: tanto por la instauración de gobiernos que llevan a cabo reformas profundas y se independizan del dictado imperialista como en Perú, en plano más restricto en Panamá, en algunos aspectos aunque insuficientemente definido, en Ecuador, o con rasgos avanzados como pudo ser en Bolivia, etc., ejemplos todos éstos que ponen de relieve el ingreso definitivo de los militares patriotas al proceso liberador, cuanto por la aparición de formas más amplias y variadas de unidad popular con la formación de frentes antimperialistas avanzados —tal el Frente Amplio de Uruguay, el ENA de Argentina, Fuerza Patriótica de Venezuela y otros movimientos de unidad en Colombia, Costa Rica, etc. Y en particular, por la elevación del papel político y la extensión de las acciones del proletariado, como por la insurgencia de las capas medias, de la intelectualidad avanzada y los estudiantes que cuestionan —si bien a veces confusamente— no sólo el yugo imperialista sino las propias bases de la dominación del gran capital. Expresión del conjunto de estos procesos puede encontrarse en el papel positivo de sectores de la Iglesia y en otros fenómenos, que hasta hace un decenio se considerarían evidentemente insólitos.

Es dable pensar que por la magnitud y hondura del proceso revolucionario, como por abarcar tantos países, se seguirán procesando y ensanchando originalmente las llamadas “vías de aproximación”.

El XX Congreso de nuestro Partido destacaba —ya a fines de 1970— que asistíamos a un viraje de vastas proporciones en la brega histórica de nuestros pueblos por liberarse del imperialismo yanqui y las oligarquías regresivas y antinacionales. Distintos son los “caracteres de los movimientos”, diversas las “formas” del proceso social y político, diferente “el grado de participación de la clase obrera y las masas populares en la conducción directa del curso revolucionario en cada país”. Pero más allá de las diferencias de etapas, de forma, de nivel del curso revolucionario y “del contenido de clase distinto de las fuerzas sociales y políticas que los conducen”, estos movimientos en su conjunto jalonan una nueva realidad continental, un paso de significación estratégica de todo el movimiento antimperialista”.

Por ello, no puede perderse de vista ninguno de estos aspectos principales y enlazados del proceso: el carácter avanzado y a la vez, el ensanchamiento de las vías de aproximación, de las rutas peculiares de avance de la revolución.

Olvidar lo primero puede conducir a una visión idealizada del proceso, a minimizar el papel de la clase obrera y la agudeza de la lucha de clases, y no dar toda su vital importancia a las tareas de fortalecer el Partido hasta transformarlo en una fuerza política real. Olvidar lo segundo puede oscurecer la comprensión de todo lo nuevo que está generando el desarrollo de una gran revolución. Puede alimentar una idea simplista y sectaria a pesar de que tanto lo de Cuba como lo de Chile, Perú u otros fenómenos, no son propiamente surgidos de un recetario. Podríamos olvidar que ya Lenin aconsejaba, genialmente, descubrir en la vida misma las complejas vías de acceso y que indicaba que toda revolución es más astuta que lo que puede prever la vanguardia más aguerrida. (1). En particular puede llevarnos a menospreciar el factor nacional de nuestra revolución, la brutalidad expoliadora e intervencionista del imperialismo yanqui, que junto a la frustración del

desarrollo económico sacude al pueblo, radicaliza a la intelectualidad y a muchos técnicos y que inclusive es hoy factor del despertar social de sectores militares. Y en consecuencia, a estrechar las bases de los aliados potenciales del proletariado o estimar de modo doctrinarista el movimiento democrático revolucionario, con todas sus confusiones y extremismos, particularmente de la pequeña burguesía radical y del estudiantado.

En una palabra, puede llevarnos a no comprender que la cuestión del poder democrático y antimperialista es, en la América Latina de hoy un objetivo histórico y no sólo una deducción teórica. Que ha pasado a ser parte de la táctica política.

Y como los problemas histórico-sociales maduros no esperan, ocurre que en algunos momentos de los complejos procesos de aproximación a la revolución, sectores democráticos revolucionarios lleven la dirección de los acontecimientos. Las posibilidades políticas reales del proletariado y su partido no siempre se corresponden, en algunas etapas del movimiento, con su misión histórica universal. Lo que torna más difícil y complicado el proceso en su conjunto. La lucha en apoyo de las transformaciones democráticas y antimperialistas, unida al más serio esfuerzo por elevar y unir a la clase obrera y el pueblo y desarrollar el partido, es la única "fórmula" válida en esta circunstancia. Sin embargo, este planteamiento debe ubicarse en el marco de la nueva realidad continental y mundial. La proyección latinoamericana de Cuba y Chile, la solidaridad de todo nuestro movimiento obrero y popular y el gran papel político internacional de la URSS y otros países socialistas, pueden coincidir favorablemente con los procesos internos con vistas al avance revolucionario ininterrumpido de éste u otro país que dirigen gobiernos antimperialistas y democráticos. Y la experiencia nacional, latinoamericana, e internacional, pueden coincidir contribuyendo a la elevación de determinadas personalidades decisivas a concepciones socialistas. Acerca de ello existe experiencia en otros continentes. Aunque, claro está, América Latina no se identifica con Asia y Africa.

Por todo ello, el XX Congreso de nuestro Partido decía: "Encontrar el camino de la unidad de cada pueblo, tentar las

posibles vías singulares de aproximación a la revolución, construir la unidad de la clase obrera y las grandes masas, de todo lo patriótico, democrático y avanzado, parece ser hoy, en esta hora de viraje de América Latina, el gran imperativo de la historia”.

TERCERO

La vida —inexorable piedra de toque de todas las estimaciones polémicas— se ha encargado de verificar tres aspectos del curso revolucionario latinoamericano: a) a pesar de las diversidades de nivel y de ritmo entre los distintos países, el proceso revolucionario tiene por teatro todo el continente; b) en relación a lo anterior, los hechos han demostrado que las convulsiones revolucionarias han venido cubriendo toda una fase histórica, aproximadamente desde principios de los años cincuenta. Y que lo que algunos creyeron fenómenos coyunturales, casualidades históricas o hechos circunscritos estrictamente a las fronteras de éste u otro país y por lo tanto aislables en la victoria o en la derrota, expresaban la maduración de premisas objetivas y la agudización extrema de las contradicciones y antagonismos económicos, sociales y políticos en todo el continente.

Toda la dramática experiencia revolucionaria de América Latina en los últimos 15-20 años, ilustra estas afirmaciones.

Claro está —y hasta el más tonto puede comprenderlo— esta unidad general del cuadro revolucionario latinoamericano se expresa en la singularidad de cada país o zona, en la diversidad de su desigual desarrollo histórico-político, en la variedad de sus momentos políticos concretos, en los mil factores que marcan las distinciones nacionales, las correlaciones de clase, la cada vez más acentuada particularidad de las vías, y todavía mucho más, si se trata de apreciar el movimiento táctico, etc. Sin embargo, también cabe advertir que las tradiciones históricas comunes, las bases parecidas de la crisis económico-social de los diversos países, así como la presencia expoliadora del imperialismo yanqui y la inclusión de

América Latina, en su estrategia global, son poderosos factores que enlazan, en muchos aspectos, los procesos revolucionarios de los distintos pueblos.

Frente a la acción conjunta del imperialismo yanqui, que se ve facilitada por el extremo fraccionamiento nacional de América Latina, surge la imperiosa necesidad de una estrategia común de nuestros pueblos y la importancia de poseer una visión unitaria de los problemas revolucionarios del continente.

El eco que los acontecimientos de cada país tiene en los otros, destaca la significación de la unidad y solidaridad de los movimientos democráticos, antimperialistas, obreros y populares del continente, en las funciones de mutuo apoyo como en la educación patriótica y revolucionaria de cada pueblo. La solidaridad con la revolución cubana, como hoy con la victoria del pueblo chileno, y tantos otros casos lo prueban elocuentemente.

Por lo mismo, la imprescindible apreciación estrictamente nacional y coyuntural de cada problema, no se opone, sino que se completa con la comprensión de los problemas comunes del continente. La indispensable existencia de un plan estratégico nacional de las fuerzas obreras y populares de cada país, no puede considerarse que agota la totalidad de una concepción estratégica. Para ser más claros: ¿Era posible prescindir de la resonancia sísmica de la revolución cubana y del entrelazamiento de sus éxitos y de su defensa, y la obligada militancia solidaria, con el proceso revolucionario de cada país? ¿Es posible estimar acabadamente la situación de varios países sin valorar las incidencias del golpe fascista en Brasil? ¿Es posible estimar la dialéctica de revolución y contrarrevolución en muchos países sin ubicar los problemas en la hora de viraje del proceso revolucionario continental marcado por el triunfo chileno?

Sería idiotéz o crimen si se pretendiera, en función de tales situaciones, uniformar las líneas y tareas de todos los partidos y pueblos, olvidando las singularidades nacionales, los propios caminos de cada pueblo con sus peculiares antecedentes históricos y con sus actuales correlaciones de fuer-

zas, mucho más cuando afirmamos que el avance de la revolución condicionará “vías de aproximación” siempre más variadas y hasta insólitas.

Sin embargo, nuestra propia visión nacional estratégica puede no ser completa si descuidamos incluir en los cálculos y estimaciones el cuadro revolucionario del continente, con todas sus concomitancias dialécticas. Sin ello puede ser renco el pronóstico y reducida la perspectiva por no tener conciencia plena del ritmo probable, de los grados de la aceleración revolucionaria y de la agudeza de la lucha nacional y de clase. Tanto más cuanto que el imperialismo yanqui, sus gorilas más próximos y las oligarquías vendepatrias, no olvidan que vivimos en un continente convulso, de avance revolucionario y durísima lucha.

Y es de prever que el curso revolucionario latinoamericano —que ha sido duro, difícil y en general sangriento— seguirá este camino de severas pruebas. El imperialismo yanqui, que se apoya en las más feroces tiranías, no se detiene ni se detendrá ante ningún crimen en la tentativa de frustrar el proceso liberador.

La actual campaña contra Chile —luego del golpe en Bolivia— advierten sobre el movedizo y sobresaltado camino a recorrer. Miles de presos, de mártires, de combatientes perseguidos, torturados o asesinados, cuya sangre y sacrificio iluminan las actuales victorias; la organización de bandas fascistas y la sistematización del terrorismo policial en varios países; el exterminio de cuadros revolucionarios como línea de los servicios especiales yanquis y los gorilas que los sirven —tal como ocurriera recientemente en Guatemala, etc.— nos previenen acerca de las responsabilidades, de las encrucijadas y problemas que integran vivamente la situación continental.

Esto plantea con todo dramatismo, la urgencia de la unidad y militancia solidaria de todos los partidos, de todas las fuerzas democráticas y antimperialistas, del movimiento obrero y popular del continente, y en particular de sus partidos comunistas. Los temas de la solidaridad, que, por principio, son deberes internacionalistas, son parte insoslayable de la defensa de cada pueblo y de su avance liberador.

nente en donde hoy se registra una mayor aceleración del proceso revolucionario (2). Y que pese a los contratiempos y derrotas, hasta cierto grado consustanciales de toda gran confrontación histórica, el movimiento revolucionario latinoamericano no llegó todavía a su punto más elevado. Esta —nos parece— es una evaluación lúcida. En distintas oportunidades advertimos que América Latina vive una “situación revolucionaria de carácter general”, queriendo así diferenciarla de la situación revolucionaria concreta o crisis revolucionaria, definida clásicamente por Lenin en “La enfermedad infantil...” y en “La bancarrota de la II Internacional” (3). Crisis revolucionaria que, a su vez, se diferencia dialécticamente del día o de la hora insurreccional propiamente dicha. En su artículo “En ruta”, de 1909, Lenin distingue entre la situación revolucionaria general que vivía Rusia desde 1897, las crisis revolucionarias producidas o a producirse. También lo hace en “El socialismo y la guerra” respecto a la Europa de 1915(4).

América Latina vive una situación en que objetivamente

Se ha dicho con razón, que América Latina es el contumaduran o ya maduraron las premisas revolucionarias, en que se producen conmociones políticas y sociales reiteradas, en que se estrecha la base social o ideológica de dominación de las clases dominantes y el imperialismo, en que las panaceas reformistas se marchitan rápidamente, en que nuevas capas sociales ensanchan el campo de la revolución, en que la inestabilidad política —cuyas bases materiales están en la profundización de la crisis económico-social— se torna un clima habitual. Integran este clima las tendencias antidemocráticas en las clases dominantes, los golpes gorilas, pero también las explosiones democráticas y el ascenso del movimiento obrero y popular. En este marco, en distintas oportunidades, surgieron crisis revolucionarias en éste u otro país; en algunos casos, éstas engendraron situaciones políticas nuevas, a veces limitadas por no estar las fuerzas de avanzada en condiciones de conquistar el poder; otras fueron derrotadas luego de explosiones y luchas democráticas, etc., porque todavía el movimiento obrero y popular no estaba en condiciones de coronar el proceso.

Durante más de un decenio se desarrollaron múltiples formas de lucha. Huelgas obreras y luchas de calle, acciones estudiantiles y populares, movimientos guerrilleros de variado tipo, levantamientos militares democráticos, unidos a la acción obrera y popular como en Santo Domingo o en Bolivia; luchas legales o ilegales, parlamentarias, extraparlamentarias, sociales, políticas, armadas, etc. Y en particular, sobre este gran friso histórico al entrar los años 70 se marcan como jalones Cuba y Chile. Y en otro aspecto bien peculiar, Perú. Con todas sus diferencias entran en el cuadro Ecuador y Panamá. Las acciones obreras y populares cobran especial magnitud, particularmente en Uruguay y Argentina. Nacen frentes de liberación y se desarrollan los partidos comunistas.

No es una frase vana, afirmar que cruje todo el andamiaje de la dominación imperialista en América Latina.

Y por lo mismo se elevan las exigencias que la vida plantea ante las vanguardias revolucionarias.

Exigencias de una síntesis teórica y política superadora de la rica experiencia de los años 60. De ensanchamiento y profundización de los caminos de la unidad obrera y popular, de elevación del papel guiador de la teoría marxista-leninista, de construcción y desarrollo de los partidos comunistas como "fuerza política real" en cada país y como vanguardias de la clase obrera y las grandes masas.

El pasado decenio fue de prueba para nuestros partidos. Seríamos superficiales y suficientes si dijéramos que siempre y en todos los momentos hemos pasado todas las pruebas sin retrasos o dificultades. Pero, en general, el conjunto del movimiento comunista latinoamericano se vigorizó, aumentó su número e influencia política y, en muchos lugares, selló con su acción o iniciativa la marcha de los acontecimientos. Los años 70 serán años de definición para nuestros pueblos. Ellos reclamarán de nuestros partidos la más lúcida conciencia, la práctica más aguerrida y el cumplimiento de los más esclarecidos deberes.

- (1) T. XXXI Págs. 90-92. "La enfermedad infantil". V. I. Lenin.
- (2) "El XXIV Congreso del PCUS y el desarrollo de la teoría marxista-leninista". B. Ponomarev. Pág. 126.
- (3) T. XXXI. "La enfermedad infantil...". Pág. 80. V. I. Lenin y T. XXI. "La bancarrota...". Pág. 212-213.
- (4) T. XV. "En ruta". Pág. 330 y "El socialismo y la guerra". T. XXI. Pág. 315.



